

## CIENCIA, ENSEÑANZA Y CAMBIO IDEOLOGICO

Que la ciencia y la técnica no han merecido sino escasa atención durante el siglo XVIII en España, resulta claro a poco que se indague en los resultados que nos ofrece el período en ese terreno. Como señalan con acierto los autores (1), la estrecha dependencia que la vida universitaria mantenía con la Iglesia y la monarquía no constituía un factor propicio para una apertura hacia el examen de los nuevos problemas que se presentaban en el horizonte científico. Los borbones demostraron, sin embargo, inquietudes modernizadoras —al igual que otros monarcas ilustrados de Europa— y esta preocupación se materializó en una serie de medidas centralizadoras y uniformadoras en el ámbito de la enseñanza. Al tiempo que procuraban quebrar el sello feudal que todavía signaba la cultura del dieciocho, tendían, estas decisiones, a ampliar el ensayo de actualización sustrayendo importantes sectores del aparato educacional de manos de la Iglesia.

Pero este paso no fue decisivo para un cambio en profundidad. Lo que intentan desvelar los autores del trabajo es, justamente, el papel jugado por la irrupción histórica en la vida española de un nuevo elemento social —la burguesía— al proponer modificaciones en el campo de la enseñanza acordes con su concepción ideológica. Desde luego que la tarea de desmontar un sistema e instalar otro —válido para una visión del mundo burguesa— en un sector tan complejo como el de la educación, al tiempo que se impulsaba el interés por disciplinas científicas postergadas o, simplemente, ignoradas, debió realizarse en varias etapas, consumadas a medida que se cumplía el ciclo revolucionario burgués en el

XIX español. Esto ha sido señalado con claridad: «Si bien se puede realizar para España una constatación rigurosa de la revolución burguesa antifeudal en el dominio político y en el cambio de predominio de las relaciones de producción —que fechamos entre 1834 y 1843—, en la estructura ideológica, por el contrario, la lucha se hace más larga y compleja. Justo en tal nivel —y en concreto en el aparato escolar— se refugiarán las antiguas fuerzas dominantes desplazadas por los liberales. La Iglesia permanecerá en España como aglutinante de dichas fuerzas».

Los liberales no cesaron en sus esfuerzos para imponer diversas reformas de los planes de enseñanza —enarbolados ahora como bandera por los sectores democráticos— demostrando clara y tempranamente la inteligencia con que percibían la necesidad de un control del dominio educacional por el aparato del Estado. Mientras que en los demás terrenos se inclinaron por la privatización y el libre juego de los intereses particulares, en materia de enseñanza centralizaron. Y para ellos, como bien se advierte en este trabajo: «...con frecuencia, centralizar es sinónimo de estatalizar». La progresiva hegemonía burguesa sobre el sistema de enseñanza español pasó por fases diversas y sufrió avances y retrocesos paralelos al proceso político: establecimiento del cuerpo jurídico esencial; discontinuidad en la implementación de los cuerpos educacionales; dificultades ante la precariedad de la realidad científica y educativa como consecuencia de la exigua estabilidad del desarrollo del capitalismo en el país, etc. Tampoco la burguesía se mostró generosa a la hora de distribuir las posibilidades de acceso a la enseñanza. El análisis de algunos aspectos de las propuestas educativas elaboradas por los gobiernos liberales, concretamente, la ley de instrucción primaria de 1838, merecen de los autores del libro que comentamos el siguiente análisis: «Al ciudadano pasivo —sin voto— le bastaba una **enseñanza incompleta** y con un maestro sin título. Sin duda, este ciudadano **incompleto** era el

Estudios de Historia Contemporánea

### Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa

campesino del que desconfiaba el régimen liberal porque precisamente lo había desvinculado de la tierra lanzándolo a un implacable proceso de proletarianización. El mismo campesino que, por su incultura y por su miseria, sería presa del caciquismo fraguado bajo los moderados y perfeccionado cuando el sufragio universal de la Restauración».

El problema planteado por la penosa condición que arrastraban la ciencia y la enseñanza en general desde el período de Fernando VII se tradujo en la existencia de un sensible vacío, fundamental en materia de textos para los diversos niveles y, lo que era peor aún, en el desarrollo científico. Una primera solución liberal fue la utilización de obras francesas traducidas, especialmente en el área de las matemáticas. Con la difusión de planes de enseñanza aplicados en el país vecino, se introdujo a la vez, parcialmente, el modelo napoleónico en un ensayo, a todas luces inadecuado, de salvar el espacio que separaba a la ciencia española de la existente en el momento histórico que se vivía entonces. Era evidente la carencia de organización adecuada por los sectores educativos y científico-técnicos y la serie de planes que conocerá el siglo decimonónico en ese ámbito conducen, precisamente, a subsanar ese grave inconveniente. También existía la urgencia, para un país que emergía

(1) J. L. Peset, S. Garma y J. S. Pérez Garzón, *Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa*, Col. Estudios de Historia Contemporánea, Madrid, Siglo XXI, 1978.

del complejo panorama político desarrollado en los primeros tercios del siglo, de realizar un inventario de la riqueza nacional, sistematizar los datos obtenidos y plantearse la puesta en marcha del desarrollo económico capitalista. Esta tarea se vio coronada por hechos positivos, pero obstaculizada, asimismo, en su pleno desarrollo por aspectos negativos que el mismo proceso de modernización incluía en su seno: «A partir de 1870, con las fuerzas progresistas y demócratas en el poder, el panorama de la ciencia española adquirió un gran empuje. Las Facultades de Ciencias tomaron más importancia en número y en calidad; las Escuelas de Ingenieros, especialmente la de Caminos, aumentaron el alumnado, y su profesorado se preocupó por exhibir conocimientos más calificados. Muestra de esta reactivación del interés por la ciencia fue el resultado del trabajo hecho en los centros antes citados y la publicación de revistas especializadas. Sin embargo, el desarrollo económico e industrial dirigido por una burguesía con una ideología no uniforme, contradictoriamente elaborada y dependiente en su actividad del extranjero, determinó que la pequeña comunidad científica que había surgido como parte del desarrollo y con tantos esfuerzos se viese, en adelante, falta de medios materiales y de la comprensión intelectual necesaria».

Los autores han realizado, con esta obra, una labor cuyos méritos resulta obvio destacar. La historia de la ciencia en España, salvo algunos libros que brillan como faros aislados, no ha concitado otra cosa que algunas menciones, casi siempre superficiales, en textos consagrados a otros temas. Esta falta de autonomía para dar a conocer su desarrollo y los problemas que, en su avance, debieron enfrentar las disciplinas científicas en España, ha vedado hasta ahora no sólo al gran público sino incluso a los especialistas la comprensión de una parte sustancial de la historia del país. Idénticas apreciaciones pueden hacerse respecto de la historia del desarrollo de la enseñanza y este libro, cuyas conclusiones se ofrecen: «... para discusión y mejora o sustitución», traza un sendero que esperamos resulte atractivo para otros investigadores, enriqueciendo así el panorama de la historia total. ■ NELSON MARTINEZ DIAZ

## LEZAMA LIMA: EL LENGUAJE DE LA AUSENCIA

Con ánimo de halagar al historiador Tácito, su amigo, Plinio el Joven, le escribe en una de sus cartas literarias: «No fallará mi augurio: tus historias han de ser inmortales». Haciendo gala de una arrogancia superior a la del romano, Lezama Lima solía decirle a su hermana: «Yo pasaré a la posteridad». Más éste —dejemos a un lado la noble vanidad del aserto— era consciente de que, para realizar tal deseo, su obra debería sobrevivir a la crítica más implacable, la crítica del tiempo. Conocía, sin duda, a ese aliado de los buenos escritores, el cual, por encima de las vicisitudes transitorias, va recubriendo las frases, las palabras de sentidos siempre nuevos, insospechados. Sería presunción adelantar los significados diversos que la obra de Lezama irá adquiriendo con el paso del tiempo. Imperecero ya en el ámbito de las letras hispánicas, pertenece a ese tipo de obras plenas de significaciones desde el mismo momento de su realización. El tiempo se ocupará, como con la de Góngora o la de Proust, de ir desvelando las posibilidades expresivas latentes en el complejo entramado de sus arborescencias verbales.

Penetrar el «universo poético» de Lezama Lima —el más clásico de los barrocos o el barroco de los clásicos, como él mismo gustaba definirse—

requiere algo más que la cabal lectura de su obra, poética, narrativa y ensayística. Será preciso así mismo conocer su labor como difusor y promotor de la cultura, realizada a través de antologías (**Antología de la poesía cubana**), edición de clásicos (Juan Clemente Zenea, José Martí), o como editor de las revistas **Verbum**, **Espuela de pata**, **Nadie parecía** y, la de mayor prestigio, **Orígenes**. Y ya que no los diálogos de aquel incansable conversador, aprendidos y olvidados por el viento en las calles o plazas de La Habana Vieja, si habrá de tenerse en cuenta, a partir de ahora, su Correspondencia (1). Estas cartas revelan a quienes no tuvieron la ocasión ni la suerte de acercarse a él, de escuchar sus palabras, aspectos desconocidos de tan entrañable figura: aquellas facetas en las que lo cotidiano y lo poético, la vida y su representación simbólica, la fidelidad a familiares y amigos así como a su vocación literaria no cesan de fecundarse.

El propio hacedor descubre en José Cemi, ese Wilhelm Meister habanero, personaje central de **Paradiso**, tres momentos. Uno, el placentero, representado por el progresivo desenvolvimiento en el seno de la familia. Después, la integración en el mundo exterior, momento determinado por el sentimiento de la amistad. Por último, la penetración en el universo de la poesía, de la imagen, de los arquetipos, señalado por el encuentro con Oppiano Licario. Con un lenguaje espontáneo, pero ima-

(1) José Lezama Lima: **Cartas (1939-1976)**. Ed. Orígenes, Madrid, 1979.

